

CONSAGRANDO LA CASA 2 Crónicas 7: 12-16

SUBLIME GRACIA está comenzando hoy una nueva etapa de su vida, justo en la época cuando empezamos a preparar nuestros corazones para celebrar el nacimiento del Señor, y estamos muy emocionados y ansiosos de ver lo que Dios va a hacer con este ministerio. La mejor manera de comenzar esta nueva etapa es consagrando el templo tal como lo hizo el rey Salomón en sus días.

Cuando se terminó de construir el Templo, Salomón oró para consagrarlo (2Cr. 6:12-42). Consagrar significa dedicar u ofrecer; tiene el sentido de hacer sagrado a alguien o algo, en este caso, el Templo. Si notamos, al consagrar el Templo significaba que todo el pueblo estaba comprometido a orar y a hacer en ese lugar todas las cosas que fueran de agrado a Dios y que dieran la gloria debida a Él. Consagrar es un pacto de compromiso con Dios.

Así, cuando Salomón terminó de orar, descendió fuego del cielo sobre los sacrificios de animales (bueyes y ovejas) que se ofrecieron y la gloria de Jehová llenó el Templo (v.1). El que cayera fuego del cielo sobre los sacrificios ofrecidos significaba que Dios se había agradado, es decir, que estaba contento con lo que estaba pasando, y su respuesta fue llenar de su gloria el Templo. Esta debió haber sido una escena por demás maravillosa e indescriptible; se ha de haber iluminado el Templo con tanta intensidad que los sacerdotes no podían entrar (v.2); y toda la gente se postró en adoración diciendo: “...*Porque Él es bueno y su misericordia es para siempre*”. Todo el pueblo estaba adorando también (v.3).

Entonces, los sacerdotes y levitas encargados de la música comenzaron a tocar sus instrumentos alabando el Nombre del Señor, cantando sobre la misericordia eterna de Dios y todo el pueblo estaba de pie adorando (v.6). ¿Se da cuenta de la importancia de no quedarse callado cuando estamos en el tiempo de alabanza guiados por nuestros levitas músicos y cantores? Aunque no sepa los cantos y aunque piense que no tiene *buena* voz para cantar, alabe al Señor con todo su corazón y de gracias por su amor y su misericordia. Cuando todos cantamos unidos estamos expresando que estamos en un mismo sentir y en un mismo espíritu y podemos esperar que la gloria de Dios llene este santuario.

Todos estuvieron de fiesta por siete días y en el octavo celebraron un servicio solemne (v.8). Solemne significa que es formal; tiene el sentido de *estructurado*, como los servicios que se realizan los domingos en la iglesia en donde viene una parte de la alabanza, de las ofrendas y de la exposición de la Palabra; y, en días como hoy, la celebración de la Santa Cena o de algún servicio especial. Los servicios no se hacen *a ver cómo salen*, se estructuran de tal manera que el Nombre de Dios se glorifique y el pueblo de Dios se edifique, es decir, que sea alimentado y que salga del templo con una fe renovada y fortalecida.

Por eso el pueblo de Dios, dice el Libro de las Crónicas, regresó a sus casas alegre y lleno de gozo por todas las bondades del Señor (v.10). Y usted, ¿cómo regresa a su casa?

Mire lo que pasa cuando se consagra o se dedica el templo, cuando todos alabamos en un mismo sentir, cuando ofrecemos sacrificios de alabanza con nuestros labios y con nuestras acciones y cuando nuestros corazones se llenan de gozo por todas las bendiciones de Dios: Dios prospera (v.11). Prosperar significa alcanzar, triunfar, es decir, que Dios da el éxito. Muchas personas quieren tener éxito en la vida, pero no quieren servir al Señor y descansar en Él, por eso tienen que gastar su vida trabajando para lograr el éxito por sus propios medios. Y no me malinterprete, trabajar no es malo, al contrario, es una orden del Señor (Mt. 10:9-10 / 1Ti. 5:18 / 2Ts. 3:10); el cristiano es ejemplo de trabajo y entrega, pero el trabajo no debe ser excusa para no servir al Señor, no debe quitar el tiempo para servir al Señor, ni mucho menos debe ocupar su lugar; y la prosperidad de Dios no se encierra solamente en el dinero. La prosperidad de Dios es completa, desde el interior, en nuestra alma, mente y corazón, incluyendo la salud, hasta el exterior, dinero, etc. Prosperidad, en el pensamiento judío, no es que le sobra, sino que no le falta (Pr. 30:8-9).

Entonces el Señor se presentó delante de Salomón y le dijo unas palabras que dan origen a este sermón del día de hoy:

“Y apareció Jehová a Salomón de noche, y le dijo: Yo he oído tu oración, y he elegido para Mí este lugar por casa de sacrificio” (v.12).

Lo primero que notamos aquí es que Dios contesta las oraciones; Dios le expresa a Salomón que está contento, que está satisfecho porque construyó el Templo o le edificó Casa. Dios prometió comunicarse con su pueblo desde allí, tal como Salomón se lo había pedido. De aquí la

importancia de venir al templo los domingos. Dios le está hablando a su pueblo, a su iglesia. No es malo escuchar otros sermones en la radio, televisión o internet, pero sí es malo si esto lo hace para no asistir a su iglesia local porque el Señor le estaba hablando directamente a usted a través del mensaje, pero usted no estaba.

“Si Yo cerrare los cielos para que no haya lluvia, y si mandare a la langosta que consuma la tierra, o si enviare pestilencia a mi pueblo;” (v.13).

Aquí vemos dos cosas, en primer lugar, como lo acabo de decir, Dios está contestando la oración que el rey Salomón había hecho en la dedicación o consagración del Templo (2Cr. 6:26-28); pero en segundo lugar, aprendemos que Dios llama la atención de su pueblo de muchas maneras como se expresa aquí. Lo puede hacer para probar la fe del pueblo y/o lo puede hacer para llamar al arrepentimiento.

“si se humillare Mi pueblo, sobre el cual Mi Nombre es invocado, y oraren, y buscaren Mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces Yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra” (v.14).

Este versículo representa el corazón del mensaje del día de hoy. Humillarse significa someterse, doblegarse, quedar bajo la autoridad de Dios. Humillarse no es solo doblar las rodillas ni es un acto meramente emocional. Humillarse tiene el sentido de reconocer que no se ha hecho lo bueno o lo mejor delante de Dios, que no se ha sido obediente, que no ha habido un real compromiso delante de Él, que ha habido cosas más importantes que Él. Humillarse significa reconocer cómo estamos delante de Dios, es reconocer que no puedo lograr grandes cosas como las que lograría con Dios a mi lado, o que no puedo dar el fruto que Dios espera de mí si no estoy a su lado; humillarse es reconocer que dependemos de Dios para todo, tal como el Señor Jesús nos lo dijo: “Permaneced en Mí, y Yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en Mí, y Yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de Mí nada podéis hacer” (Jn. 15:4-5).

Tal vez por todo esto que significa es que resulte tan difícil a veces humillarse delante de Dios porque no queremos reconocer; más bien, busquemos siempre las maneras de justificarnos delante de Él. Pero humillarse, además de reconocer, es rendirse y tomar acción, es estar dispuestos a corregir. Para que Dios actúe en nuestras vidas es necesario

humillarse delante de Él, porque, como el Señor dijo: “...el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido (Mt. 23:12 / Lc. 14:11; 18:14).

Lo siguiente que dice el Señor es que después de humillarse, hay que buscar su rostro en oración. Esto quiere decir que hay que buscar siempre la presencia de Dios, o estar en la presencia de Dios si queremos que nuestras vidas sean transformadas. ¿Cómo podemos esperar que Dios obre en nuestras vidas si ni siquiera buscamos estar en su presencia?, ¿cómo podemos esperar las bendiciones de Él si ni siquiera lo buscamos? Si no oramos, ¿cómo entonces podemos tener una comunión con Él?

Y finalmente, el Señor nos llama a corregir el camino. Convertirse significa volverse a Dios, esto es, tomar acción después de humillarse y de buscar el rostro del Señor. Si no se toma acción todo lo que hicimos se convierte en un mero ritual o en un simple acto emocional, pero no de compromiso. Convertirse significa que hay una transformación en nuestras vidas que ya no somos lo que éramos, ahora somos mejores. Sólo en la presencia de Dios nuestras vidas pueden ser transformadas.

¿Cuál fue la respuesta de Dios? Él perdonará y sanará. Esa es su promesa y su compromiso, la pregunta sería si estamos nosotros dispuestos a comprometernos con el Señor o vamos a seguir con lo mismo. Recuerde siempre, en la obediencia se encuentra la bendición de Dios.

“Ahora estarán abiertos Mis ojos y atentos Mis oídos a la oración en este lugar; porque ahora He elegido y santificado esta Casa, para que esté en ella Mi Nombre para siempre; y Mis ojos y Mi corazón estarán ahí para siempre” (vv.15-16).

El Señor prometió estar atento a las oraciones de su pueblo que se hagan desde este lugar, es decir, desde el Templo. Note que el Señor le llama Casa y no templo porque la casa expresa la imagen de familia, de unidad y de confianza. Así es como debemos vernos los unos a los otros para podernos entender y para que podamos ayudar al necesitado, a levantar al caído, a animar al desanimado y a perdonar al que nos ofende; tal como ocurre en una familia funcional.

La historia del rey Salomón terminó mal porque él y muchos de sus sucesores terminaron adorando a otros dioses y Dios cumplió lo que le

había advertido (vv.17-22). La ciudad fue destruida y el Templo hecho pedazos cuando los babilonios invadieron a Judá y su capital Jerusalén.

Conclusión.

Hoy vamos a consagrar nosotros también la Casa y mi oración y mi gran anhelo en esta nueva etapa de SUBLIME GRACIA que hoy consagramos (dedicamos) al Señor es que el Señor se agrade del compromiso que le estamos ofreciendo y que su gloria llene este lugar. Todos los cambios que estamos haciendo son nuestros sacrificios en ofrenda a Él. Que al llenar Dios con su gloria a SUBLIME GRACIA todos aquí podamos también exclamar *“porque Él es bueno y su misericordia es para siempre”* (v.3).

Estoy convencido, y creo que todos ustedes también, que Dios nos ha llamado a levantar una obra que de gloria a su Nombre; una obra en donde se predique y se enseñe Palabra de Dios, sana doctrina; una obra que lleve el Evangelio de las Buenas Nuevas de Salvación a quienes todavía no conocen de Cristo, de su amor, de su perdón y de su salvación. Una obra enfocada en la comunidad, enfocada en hacer discípulos. Una obra que va más allá de nuestros propios intereses o gustos; una obra basada en Lucas 9:23 que nos llama a negarnos a nosotros mismo, tomar nuestra cruz cada día y seguir al Señor siendo obedientes y cumpliendo su llamada, su voluntad.

Pero tenemos que reconocer que algo no estábamos haciendo bien y por eso el Señor nos ha llamado a reestructurarnos, a renovarnos, para corregir todo lo que estaba incorrecto. Dios nos está dando una nueva oportunidad para reempezar con nuevo enfoque, con nuevos ánimos y también con nuevas metas y nuevas ilusiones.

Si podemos reconocer que nos faltó mucho por hacer, que faltó compromiso, que pusimos muchas excusas y que no le dimos al Señor el lugar que se merece (estoy hablando como ministerio o como iglesia), si buscamos su rostro, nos arrepentimos y pedimos perdón y nos volvemos a Él cumpliendo su voluntad y actuando con compromiso en obediencia, entonces Dios promete derramar sus bendiciones sobre este lugar.

SUBLIME GRACIA se renueva, pero es necesario que nos renovemos nosotros primero. Por eso hemos estado orando el Salmo 51:10 que dice: *“Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu*

recto dentro de mí”. Esto es que estamos pidiendo al Señor que descontamine, que desintoxique nuestro corazón de todas las cosas del pasado; que quite de nuestro corazón toda frustración y enojo; que quite toda apatía o desinterés; que quite todo desánimo y todo pensamiento negativo que nos dice que estamos perdiendo el tiempo y que no va a funcionar nada de lo que estamos haciendo. Por el contrario, que ponga en nosotros un espíritu, es decir, una actitud de querer hacer las cosas bien, correctas para Él, para así darle toda la gloria y honra debida a Él.

En este Salmo 51, el salmista suplica por la piedad y misericordia del Señor y le pide que lo lave de su pecado, de sus fallas. Se humilla al reconocer que no lo ha hecho bien delante de Él, que ha fallado y mucho y se arrepiente. Le pide al Señor que purifique su corazón y su alma y que sólo pueda escuchar cosas que lo alegren y lo llenen de gozo. Pide perdón y clama porque vuelva a él el gozo de su salvación y que sus labios solo hablen palabras de alabanza; y dice que sabe que sólo entonces el Señor recibirá con agrado sus ofrendas. Todo esto significa crear un corazón limpio y renovar un espíritu recto dentro de cada uno de nosotros.

Oremos porque este Salmo también sea una verdad en nuestras vidas, porque podamos ser esos que el Señor llama en Lucas 9:23 y porque el Señor llene de su gloria este templo que se llama SUBLIME GRACIA y derrame todas sus bendiciones sobre nosotros porque hemos sido obedientes. Consagremos nuestras vidas a Dios y consagremos esta Casa que nos ha dado para adorarle, para servirle y para alimentar a su pueblo y alcanzar a los perdidos. Amén... Vamos a orar...